

estos temerarios que conociendo apenas el nombre de la virtud osé recibir la unción sagrada! Para mi no hubiera sido excesivo el honor de ocuparme toda la vida en recoger el polvo de los piés de vuestros ministros sin aspirar á un grado tan elevado. ¡Ah! ya que habeis permitido que tan elevado me vea, concededme, Señor, las virtudes que me hagan digno del puesto que ocupo, y que exigis de vuestros ministros.

XXVI. — Los sacerdotes fueron los que mas contribuyeron á la muerte de Jesucristo, cuyos desprecios y ultrajes causaron la mas acerba pena al Hijo de Dios. Y esto fué una figura de lo que debia acontecer en el curso de los siglos, significando que los sacerdotes serian los que con una vida indigna de la santidad de su ministerio y con el modo injurioso con que procederian con este divino amor en nuestros altares, contribuirian mas que nadie á crucificarlo otra vez. Entre la turba de los sacerdotes impios que le diéron la muerte, algunos hubo, si bien un número reducido, que lo consolaron con su fidelidad. Todo sacerdote debe esforzarse en contar en el corto número de los que consolaron á Jesucristo.

XXVII. — Abramos los ojos de nuestro espíritu, ministros del Señor, para considerar la excelencia de lo que tenemos en nuestras manos cuando ofrecemos en el sagrado altar la víctima de la nueva alianza. ¡Ah! es nada menos que el precio de la redención del género humano, el tesoro del mundo, la gloria del cielo y de la tierra, el objeto de la felicidad de toda la corte celestial, en una palabra Jesucristo Hijo único de Dios vivo, igual en todo al Padre, con el cual se halla igualmente toda la augusta

Trinidad. ¿Cómo podremos pues mirar con una fe viva todos estos objetos al través de las nubes de los accidentes, sin temblar á la vista de una magestad tan terrible, y sin derretirnos en lágrimas de amor al considerar el amor incomparable que nos profesa Jesucristo en este santo misterio?

XXVIII. — Nunca celebramos este augusto sacrificio sin que nos rodee una gran multitud de ángeles, los cuales se hallan en estado de postracion, adorando con profundísimo acatamiento y con religioso temblor al Dios que tenemos en nuestras manos. ¿Cómo podemos no hallarnos sobrecogidos de un respetuoso espanto entre misterios tan tremendos? ¿cómo podemos hallarnos tan disipados y tan indolentes en el acto durante el cual los principes de la corte celestial se hallan trémulos y avasallados de religiosa atencion y de sagrado horror? ¡Ah! si abriésemos bien los ojos interiores para ver lo que sucede secretamente en este misterio; si comprendiésemos bien lo que hacemos, no nos acercariamos jamas de los santos altares sin que en nuestra cabeza se erizasen los cabellos de horror, y sin quedar mudos de asombro, engolfados en la santa operacion de que nada podria distraernos.

XXIX. — ¡Quien podrá deplorar suficientemente la desgracia del cristianismo al considerar que en nuestros dias se hallan tan pocos sacerdotes que conozcan á Dios, que sepan la religion, que comprendan la grandeza de su ministerio, y menos aun que se apliquen á cumplir bien con sus funciones! La mayor parte de ellos carecen de todo conocimiento en estos puntos fundamentales; y ce-

rebran estos terribles misterios con una indevocion, una insensibilidad, una negligencia que horroriza hasta á los mismos demonios. ¡ Ab ministros descuidados ! ¿ acaso no temeis los juicios de Dios ? ¿ No temeis que haga llover el fuego del cielo para consumiros en castigo de la negligencia é irreligion con que tratais misterios tan venerables ?

XXX. — ¿ Mas qué podrá decirse de esos sacerdotes sacrilegos que con una conciencia oprimida con el peso de los pecados, con un corazon carcomido por miles impuros deseos, con una boca inmunda de mil infames discursos, con manos culpables de miles acciones nefandas, tienen la temeridad de celebrar este divino sacrificio ? ¿ Qué puede decirse de esos miserables sacerdotes sino que toda la naturaleza enmudece de horror á la vista de su temeridad y que los mismos demonios se hallan sobrecogidos de horripilacion, incapaces que son de efectuar cosa igual ? Asi todas las criaturas del universo venganza claman contra tamaño exceso, y los ángeles no menos que los demonios precipitarian ese malhadado en los abismos infernales si no contuviese su brazo la justicia de Dios que quiere darle tiempo de penitencia.

XXXI. — Si conociese yo alguno de esos sacerdotes sacrilegos procuraria discurrir con él de este modo : O vos creeis la santidad de los misterios que tan indignamente profanais, ó no la creeis. Si no la creeis ¿ porqué no os declarais por lo que sois, esto es por un ateo, judío, pagano ó de otra secta cualquiera que os plazca ? ¿ Porqué engañais al público con una impostura tan contraria á la buena fe como á la probidad que debe profesar un hom-

bre honrado dándoos por profesar una religion á la que no creéis ? Y si creéis en la santidad de nuestros misterios ¿ cómo podeis osar perpetrar un delito tan espantoso como es el de crucificar vos mismo al que conoceis por vuestro Dios y vuestro criador ? ¿ No temeis que la divina venganza, que el ángel del Señor que preside al sacrificio no os fulmine en el altar ; ó que el soberano juez de los hombres y de los ángeles, cuyos beneficios pagais con tan negra ingratitud, no dispare sus saetas contra vuestra cabeza, ó no haga abrir la tierra bajo vuestros piés en el momento mismo que cometeis un sacrilegio tan detestable ? Pues no podeis ignorar que dareis cuenta de vuestro sacrilegio ; y que siendo Dios la misma justicia no podra menos de castigaros si no os castigais vos mismo con una severa penitencia.

XXXII. — Diré tambien á este infeliz que nada puede compararse á su delito ; que el mismo Judas es inocente á su lado, que los mismos demonios son menos perversos. Si, Judas es inocente á su lado, pues cuando entregó á la muerte á su maestro era este aun mortal, y no habia sido coronado de gloria ni reconocido como Dios por todas las naciones de la tierra ; cuando al contrario ese miserable sacrilego le da muerte en su corazon despues de haber pasado á la inmortalidad, despues que ha sido coronado por su Padre, y reconocido por Hijo de Dios por todos los pueblos del universo. Judas no lo entregó á la muerte mas que una sola vez, mientras que un sacerdote sacrilego le da la muerte ciento y mil veces, esto es tantas cuantas veces recibe indignamente la comunión. Los demonios, lo repito, son menos malvados que ese sacerdote sacrilego, pues solo atormentan criaturas que

lo merecieron, y tan solo en el infierno, que es el lugar de suplicios; mientras que los malos sacerdotes hacen sufrir al mismo Criador, aunque infinitamente santo y justo, y lo hacen sufrir en el paraíso de su amor, esto es en este divino misterio. Se puede aplicar á tan indigno ministro lo que dijo el Salvador de Judas: que mas le valdria no haber nacido. Y como con sus sacrilegios mil veces reiterados es mas culpable que lo fué Judas, asi debe aguardarse á padecer en el infierno suplicios mil veces mas rigurosos que los suyos.

XXXIII. — ¿Quien puede mirar sin dolor el tráfico vergonzoso que hacen algunos sacerdotes del cuerpo y sangre de Jesucristo? Si celebran los tremendos misterios es para ganar una tenue retribucion, sin la cual se abstienen de celebrar: mientras que infaliblemente lo efectuan cada dia, si no les falta. ¿Puede llevarse mas lejos la impiedad que convertir en un sórdido y bajo interes el mas augusto de nuestros misterios? La conducta de estos infames sacerdotes es mas odiosa que la de Judas; pues lo venden á un precio mas vil, que aquel miserable apóstata que lo vendió por treinta piezas de plata que se evalúan á cuatro pesos; mientras que los Judas modernos lo venden por pocos reales.

XXXIV. — ¿A cual de los ministros del Señor se podrá decir con el salmista: *Non in sacrificiis tuis arguam te*; esto es que nada puede ser vituperado en los sacrificios que ofrece en los altares; que los presenta con toda la pureza del corazón, con la caridad y respeto mas conveniente, y sobre todo que saca de ellos todo el fruto que espera? ¿Donde está el fruto de tantos sa-

crificios que hemos celebrado? Ni uno solo debiera dejar de aumentar considerablemente en nosotros la gracia, caridad y demas virtudes; y siendo tantas las veces que lo celebramos, inmenso debiera ser nuestro maravilloso tesoro; mas ¿donde está ese tesoro continuamente aumentado?

XXXV. — Es seguramente un motivo de consuelo para un pobre sacerdote, que no posee toda la perfeccion que exige su estado, el pensar que, siendo diputado de Jesucristo y de la Iglesia para presentar á Dios la hostia santa que es inmolada en los altares, se halla en cierto modo revestido del mérito de ambos representados cuyas veces hace. Mas esto no lo exime de la obligacion de sostener su dignidad con su mérito personal y con la práctica de la sólida virtud. Toda su vida debe ser un continuo ejercicio de santidad; de otro modo deshonra su ministerio y ultraja á Jesucristo y á la Iglesia que le encargan ofrecer este sacrificio en su nombre.

XXXVI. — Si hay sacerdotes á quienes se puede afear el poco respeto y poca devocion con que celebran los divinos misterios, los hay tambien á los cuales con no menos razon se puede vituperar su negligencia y pereza en celebrarlo. Por el menor pretexto prescinden de esta obligacion, basta para ello el menor negocio temporal, y á veces nada pueden alegar sino su desidia é indevotion. ¡Ah sacerdotes del Señor! Todo el universo ansia con anhelo que ofrezcais en los altares la adorable víctima: Dios lo desea porque le tributais una honra infinita; los que viven en la beatitud porque al aumento de su

felicidad contribuye; los justos porque atrae sobre ellos mayores gracias y les hace perseverar en la justicia; los pecadores porque logran auxilios para salir de sus pecados; las almas del purgatorio porque las alivia en sus penas; todas las criaturas porque es manantial de infinitos bienes. Asi vuestra negligencia é indevoción hacen que sufra todo el universo y se frustren las gracias y favores que á toda criatura resultaria de la inmolacion de esta divina hostia. ¡Cuan poco conoceis el precio de este divino sacrificio! Sacrificio que á Dios da mas honra que le dan por toda la eternidad los ángeles y santos, y vosotros no queréis arrostrar la menor violencia para darle esta gloria. Un gran siervo de Dios, del siglo pasado decia que mas querria perder el mundo entero si lo poseyese, que una sola comunión. Como este santo varón debierais estar presto á perderlo todo antes que dejar de decir una sola misa.

XXXVII. — El solo objeto de la vida de un sacerdote debe ser ofrecer en el altar la hostia inmaculada del cuerpo y sangre de Jesucristo. Toda su ambición debe limitarse á efectuarlo con dignidad, y toda la vida debe servir de preparacion. Y á este fin debe permanecer en la mayor pureza de cuerpo y espíritu, como tambien llevar una vida retirada, penitente, divorciada de los sentidos y de todas las cosas de la tierra, vida llena de buenas obras y sin mas objeto que ganar el cielo; y al celebrar los misterios divinos, debe ser con una fe viva, una humildad profunda, una tierna devoción, una caridad ardiente, agregando el sacrificio de sus vicios, de sus pasiones y de todo su ser, consumiéndose cada dia en las llamas inmortalés en que es consumida su víctima, y sa-

liendo mas puro de estas llamas que el oro y la plata siete veces purificados en el crisol.

XXXVIII. — Velemos continuamente, velemos sobre nosotros mismos, nosotros los ministros del Señor, pues el enemigo nos persigue con rabia sanguinaria, y rueda al rededor de nosotros para perdernos. Triunfa este implacable é infernal aborrecedor del género humano cuando puede á fuerza de asechanzas sorprender un sacerdote del Señor y hacer que, cayendo en el pecado, profane sacrilegamente los divinos misterios. Preservémonos de tan horrendo mal, amados hermanos, pues si llegamos á perecer, no puede menos de ser espantosa nuestra calamidad, y la altura en que nos hallamos debe hacer tremenda nuestra caída, y no habiendo nadie que esté mas elevado que nosotros en la tierra, asi nadie habrá que mas horrorosos tormentos sufra en el infierno si delinquimos y morimos en pecado mortal.

XXXIX. — Los sacerdotes deben ser las antorchas del mundo, y sus virtudes brillar como astros en el cielo de la Iglesia; deben ser el buen olor de Jesucristo con su buen ejemplo, y esparcir el aura balsámica que contra la infeccion de los malos ejemplos fortifica el corazón de los fieles; hallarse tan penetrados de Dios que algo divino exhale toda su conducta, y tener modales tan graves y santos que respeto inspiren y cierren la boca á todo libertino.

XI. — Dios exigia de sus sacerdotes, segun la orden de Aaron, que fuesen santos, como que le ofrecian el incienso y el pan de proposición: *Incessum et panem of-*

*ferunt, ideo sancti erunt*; y aun dice el texto hebreo : *Sanctitas erunt*; serán la misma santidad. Y si Dios tanto exigia de sacerdotes que tan solo le ofrecían la sombra grosera de lo que le presentamos en el altar, ¿ qué debe exigir de nosotros que le ofrecemos una víctima tan santa y adorable ?

XLII. — Nosotros somos los sacerdotes del Señor que despojamos á Jesucristo en los altares, por las tremendas palabras de la consagracion, de su gloria, poder y vida, reduciéndolo á un estado de aniquilamiento, sumision y muerte. Pero esto nos obliga á indemnizarlo, en cuanto esté de nuestra parte, de estas pérdidas, y de restituirle en cierto modo en nosotros mismos lo que le quitamos en el sacramento. Importa pues y nos cabe estrecha obligacion que para resarcir la gloria de que lo despojamos, le erijamos un trono en nuestro corazon para tributarle incesantemente nuestras adoraciones; que satisfagamos á su poder que se digna perder por nuestro amor, dándole un poder absoluto sobre nosotros mismos; que finalmente lo indemnizemos de la vida que consiente á perder en el augusto sacrificio, haciendo que viva en nosotros mismos con la imitacion perfecta de todas sus virtudes.

XLIII. — La vista de lo que verifica Jesucristo en los altares debería llenarnos de confusion. ¿ Cómo podemos ver sin anonadarnos de rubor y reconocimiento que el Dios del universo obedezca con tanta exactitud á nuestra voluntad, mientras que nos negamos nosotros á obedecer á la suya; que el monarca de todo lo criado baje por nuestro amor del solio de su grandeza, mientras que nos-

otros no pensamos mas que en alzarnos é hincharnos de orgullo; que el Salvador se prive de todos sus sentidos en tanto que nosotros tan solo pensamos en satisfacer los nuestros; que lleve una vida oscura y absorta en Dios, mientras que la nuestra es disipada y mundana? ¡ Ah! jamas celebramos los sagrados misterios sin que Jesucristo nos afee tácitamente nuestra conducta y condene la extrema oposicion de nuestra vida con la que lleva en nuestros altares : *Arguam te, et statuum contra faciem tuam.*

XLIII. — Asi como todos los encomios sobre la dignidad del sacerdocio son nada en comparacion de la escelencia de este estado sublime, escelencia que es en cierto modo infinita; asi todo lo que pudiera imaginarse acerca de la santidad que exige su ministerio, es inferior á lo que requiere, pues debe ser proporcionada á su grandeza. No obstante, al emitir esta verdad, no pretendemos alejar de los santos altares los sacerdotes que viven religiosamente, si bien tienen aun sus defectos, por los cuales gimen y cuya enmienda sinceramente desean; al contrario grave culpa seria la suya si se alejasen de los santos altares, ó desempeñasen con tibieza las sagradas funciones; mas deben aplicarse, en cuanto esté en su mano, á adquirir la santidad que requiere su estado, y al mismo tiempo esperar deben que Dios que es un Padre de bondades infinitas, perdonará las imperfecciones que trae consigo la fragilidad humana, con tal que en ellas no envejezcan por apego habitual y negligencia.

FIN.